

Mauro Zúñiga y Juan David Morgan: dos cuentistas, dos realidades

POR DALIA PEÑA TRUJILLO

Criollismo, neorrealismo, cosmopolitismo, son corrientes que según y donde se escriba, mantienen su vigencia, se entrecruzan, se influyen y cuando las condiciones les son propicias, atrapan los gustos de un escritor, sus apetencias intelectuales o sus necesidades de accionar las ideas que circulan en su mente, según imaginación, voluntad y recursos de expresión, para hacerle frente a esa realidad de donde taján porciones para sacar al viento sus modelos muy compenetrados de que los géneros narrativos funcionan de la mejor manera, si fantasía y realismo asumen su responsabilidad en la creación ficcional, más, si los textos aluden a tópicos escabrosos.

Transitan en esas direcciones **Los lamentos de la noche y La rebelión de los poetas**, dos series compuestas por veinticuatro narraciones el primero y once el segundo, nacidas de la pluma de dos distinguidos profesionales: Mauro Zúñiga Arauz y Juan David Morgan, conocido en el ámbito literario con el seudónimo de Jorge Thomas. Ambas colecciones autorizan exhaustivos estudios pues, desde el ángulo donde se sitúe la vista del observador, apreciará fundidos en un haz de voluntades, profunda toma de conciencia de los problemas del país y afán por dialogar con el pueblo panameño, en esa apertura cuento-ensayo conducen-

te a plantear argumentos que estimulan urgentes reflexiones acerca de la vida y los modos de vivirla.

Juan David Morgan, aunque de refilón, parece desplazarse por todos esos caminos citados en el párrafo que abre mis comentarios. Es el abogado conocedor del mundo, con múltiples posibilidades para andar, para ejercer su profesión o paladear el gusto por la música como público de conciertos según se revela El tenor o la flauta mágica. Mauro es el médico acostumbrado a escuchar, desde su consultorio o los hospitales, los lamentos que en la noche pregonan calamidades y malestares que él hubiera querido, con el ímpetu que lo caracteriza, ir desgranando de un solo golpe, en racimo, de una vez y para siempre, en los tipos de las impresoras que repiten el eco de sus palabras.

Si atendemos a los principios que teóricamente definen el concepto generacional, es probable que Mauro, Juan David y yo pertenezcamos a la misma generación de panameños que ha vivido las angustias, las alegrías y sobresaltos de la historia local y universal y hasta creo no estar mal informada, si digo que la carrera universitaria se la debemos a las aulas fundadas por Méndez Pereira. Tres facultades distintas y egresados, tal vez, alrededor del mismo decenio vecino a los años 70, **“período esencial...porque allí cuajaron**

todos los movimientos que se habían incoado en el nuevo contexto de la revolución cultural”, que en materia de historia se deja sentir, muy sensiblemente, porque se inclina el gusto hacia el cultivo de la metáfora y surgen relatos donde priman “las representaciones sobre las realidades” (p 115)

Los años setenta, de nuestras lecturas e inauguración en el sector profesional, fueron decisivos para el interactuar interdisciplinario de tres saberes imprescindibles en materia de literatura como son la historia, la antropología y la lingüística.

La juventud así formada aprovecha y no ha dejado de hacerlo, escribir para organizarse como críticos de la realidad y, a través de sus obras, pregonar denuncias contra el poder establecido y tratar temas presentes en la literatura de todos los tiempos y lugares: el miedo, la muerte, ausencia de tolerancia, corrupción, explotación, excluidos de la sociedad, desempleo, mezquindades y, en fin, situaciones que sumen al mundo en una noche tenebrosa de lamentos o convocan a una organización cultural sin precedentes como la rebelión de los poetas.

No son escasos los narradores que han comprendido el parentesco entre las ciencias sociales y, al cuidado de sus obras, han colocado no solo la

historia de su pasado, sino la cotidiana que sus ojos palpan. Así son las novelas de Mauro Zúñiga y también las obras de su narrativa corta. Juan David, en cambio, para sus novelas, es el investigador de documentos. **El chacal del general y Con ardientes fulgores de gloria**, son títulos que bien pueden acudir para sostener estas apreciaciones, seguros de que la obra de ambos escritores confirma la referencialidad entre texto y contexto, por mucho que ellos hayan pulsado la urdimbre de la imaginación.

Pienso que el abogado recoge testimonios y quién sabe cuántas experiencias de su provincia natal. En cuanto al médico, por ahí van las cosas. El cuento *La firma* en la colección de Morgan y *Temor eclesiástico* en la del doctor Zúñiga, casi no pueden esconder su génesis en la de los pueblos que les son muy conocidos y, hasta se podrían reconstruir episodios de la vida cotidiana del ayer y del hoy por esos predios de sus querencias.

No es por demás que recojan los modos del habla con sus modismos, refranes, apodos, uso de diminutivos, regionalismos vinculados a enseres domésticos, aperos de labranza, vivienda y muchos otros que conforman el decir peculiar que nos define.

Ventajas y desventajas de ello para la creación literaria son innegables. En ambos cuentistas, por ejemplo, el marcado acercamiento a la realidad es, a veces, más una debilidad que una fortaleza. Es decir, el contexto de varias piezas aunque no sea tan directo, no extravía al lector si este quiere verificar la relación entre cerco narrativo y cerco de la realidad, como diría Cándido Pérez Gállego (*Morfonovelística*, 1973).

Si nos detenemos a analizar *Isla azul* de Jorge Thomas y *Temor eclesiás-*

tico de Mauro Zúñiga, estaremos pisando tierra firme más que imaginación. Por supuesto que la ficcionalidad existe, pues hay nombres supuestos y acciones de tan alto contenido ideal (caso de *Isla azul*) que cualquier lector dice bueno... no estamos en *Jauja* y como la realidad rompe los esquemas mentales del hombre, en ella aterrizamos. En *temor eclesiástico*, creo que si a las dos hermanas protagonistas de la historia les reemplazo los nombres ficticios por los nombres propios, no será muy desacertada mi observación. El Dr. Zúñiga aceptará o negará mis palabras...

Los dos narradores tienden a combinar el arte del cuento con el del ensayo, es una verdad de a puño, ya sea por la existencia de amplios párrafos expositivos o por frases que no ocultan su filiación con esta forma discursiva y que resolverían, en virtud de sus altos contenidos, ecuaciones sociales con varias incógnitas. Ninguno de los dos tiene sus ideas ni sus palabras encerradas bajo siete llaves. Ven lo que sucede y se lanzan sin titubeos a proclamar sus denuncias.

En *La firma*, Juan David Morgan presenta a un colega del derecho a quien otorga, entre sus rasgos morales el servirse del “alma de la toga”, para demostrar que la justicia es un valor y no un mero trámite de leguleyos.

En la hermana del cura, sin juzgar al autor como escritor de obras anticlericales, el caso de las falsas vocaciones y el conflicto espiritual de aquellos representantes de la iglesia cuyo celibato y castidad pesan como un castigo y no como una opción de vida, que olvidan su responsabilidad de no hacerle daño a la iglesia en un mundo ávido de valores y, sobre todo, de no perder su confianza en quienes, supuestamente, al recibir su investidura, deben pastorear a su pue-

blo con el cayado de la autenticidad y no de la mentira.

Simpatizo profundamente con el cuento *El plagio*. Su contenido me hace cavilar en torno a errores en los que caemos los educadores y en el inmenso daño que, en ocasiones, causamos a nuestros discípulos. El texto denuncia la falta de confianza puesta de manifiesto por los docentes cuando, de pronto, un alumno lo sorprende con un trabajo vástago de enormes esfuerzos y aficiones. El plagio narra datos biográficos de un educador y un alumno a quien el aleteo de Cupido le dicta un soneto digno de antología, signado casi a desaparecer envenenado por la ponzoña de quien confundió el arte de enseñar con la negativa actitud de no aceptar los valores de los demás, como en la fábula de la serpiente y la luciérnaga.

La tía Petra de Mauro Zúñiga, no obstante la escena macabra del final y la cadena de signos y símbolos de las escalas del miedo, trae a mis recuerdos a aquella Gabriela Mistral dueña de un sentimiento maternal no comprendido, a quien las maledicciones de sus congéneres alejaron para siempre de Temuco, su pueblo natal, pero que en el plano más profundo, puede significar la frustración de tantas madres cuyos retoños les llenan las pupilas del alma de pavorosas pesadillas y que, al agotar sus lágrimas, solo les resta una alternativa: dejar a sus pechos verter sangre, porque la fuente del vital líquido se quemó con los soles una existencia desértica, fantasmal, con pánicos que congelan el miedo, cuando se escucha **“un ruido que parecía semejarse al violento estallido de las calderas del diablo”**. En la estructura profunda, los dos vestidos negros de la tía Petra pueden ser el símbolo de la patria enlutada que despierta el espanto del pueblo y

lo arropa con sus viejos vestidos negros porque el blanco de la paz se ha ensombrecido de acuerdo a la realidad.

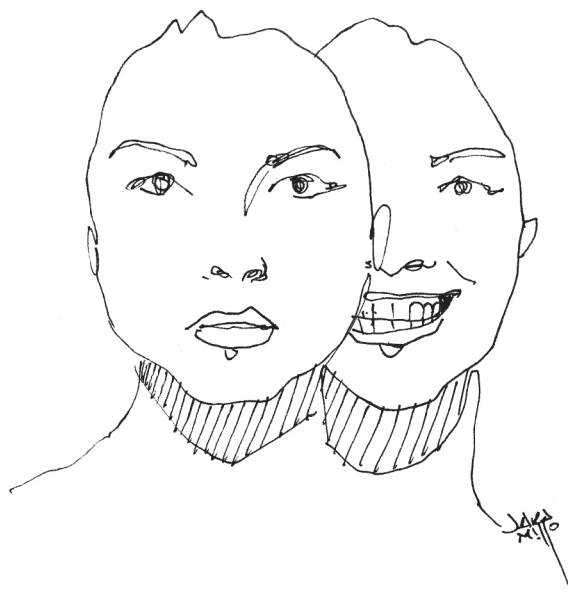
No sé ni quiero pensar que El lamento de Pinsa sea una aleación de los mitos comunitarios con los escatológicos cristianos, para mostrar una escatología consumada de vida eterna en el infierno tras el juicio y la condena. Espanta también, si salió de la realidad, Una conversación a solas, leído como el anterior en la serie narrativa del Dr. Zúñiga.

Tampoco simpatizo con los abusos de la amistad, si toca los extremos relatados por Juan David Morgan en El Desquite ni el afán perfeccionista, hasta para organizar la puntualidad de su muerte con una precisión más cronometrada que la de los relojes suizos, en el cuento En punto.

Ojalá los asuntos de herencia tengan siempre los finales poéticos que en El guayacán, Juan David pinta y, ojalá, nadie se vea sometido al riesgo de palpar la experiencia laboral de Catalino quien ***“se escondía por el miedo a que un nuevo trabajo le revolcara el apacible manantial de su profundidad”*** en El trabajo de Catalino cito en Los lamentos de la noche.

Probablemente, seguirán más de cuatro organizando castillos en el aire con billetes de lotería y muchas aves batiendo las alas sobre las copas de los árboles, repitiendo las notas de Mozart, al conjuro de una flauta mágica repleta de armonía, de acuerdo a lo sugerido por El edificio y La flauta mágica respectivamente.

Los dos escritores son dos realidades, desde la atalaya de las observaciones de cada uno, sin embargo casi todos los textos sean estos vistos como relatos, estampas o cuentos bien logrados, en el sentido canónico de la tradición teórica,



traslucen fuerte resentimiento por la cadena de desafueros de la sociedad. Esto estimula en la creación literaria, la búsqueda de temas que den relevancia al valor del ser humano, de ahí que el médico critique las precarias condiciones del sistema de salud y reclame sensibilidad entre quienes laboran en los hospitales. El abogado, la estatura del letrado que paralelamente a su pericia, coloca el respeto por los derechos de quienes acuden a su despacho deseosos de encontrar un profesional responsable, respetuoso de los principios rectores de su profesión.

Los puntos y contrapuntos de los dramas personales y hasta las posibles contradicciones, contribuyen al ambiente de ficción o de fantasía que algunos títulos encierran: El tenor y El vestido de Mamerto, sirven para corroborar, de cada libro, este comentario.

Hay cuentos que no distraen mi gusto si el ejercicio de la lectura es realizado con esos fines. El plagio, El desquite y En punto figuran en esa nómina. El olor de la muerte, Una conversación a solas, Marcel y Gregorio entre otros, obtienen los mismos resultados. Ahora, que si de hacer una lectura de estudio, de reconocimiento, de apreciación de

los aciertos o las fragilidades se trata, hay una copiosa lista de elementos: En Los lamentos de la noche predomina el misterio de la muerte, pero no hay cuadros de suspenso. El escritor emplea un lenguaje sencillo, intenta alumbrar frases poéticas con algunas alusiones de retórica en metáforas, símiles, prosopopeyas, series de frases y adjetivos paralelos, reduplicaciones y otros artificios inherentes al lenguaje poético, pero salvo en algunas excepciones, se palpa el lirismo que tal vez los produjo.

La rebelión de los poetas expone algo similar. Se le reconoce al autor sensibilidad artística, el uso de un lenguaje culto, claro, de una prosa amena, sencilla pero sin la pretensión artística que él defiende: la poesía

Los dos libros abundan en el uso de los adjetivos. Esta adjetivación contundente, repleta de buenas intenciones, a veces hace lento el ritmo de la prosa, porque alarga la sintaxis.

Se trata eso sí de autores identificados con su pueblo. De ahí parte la revisión de los problemas cotidianos y de que en el entramado de la vida social identifiquen caracterizaciones y tipos, héroes de la vida muchos, sobrevivientes de la contienda civilización contra barbarie, por la que no cicatrizan “las venas abiertas de América Latina”. Por eso vemos: lucha del hombre contra la naturaleza y la sociedad; la ingenuidad y bondad del campesino, en contraposición con el empresario explotador; viviendas infrahumanas; agricultura de subsistencia; soles crudos, desgarradores; lluvias; colchones de esterilla; falsas vacaciones que más bien equivalen a un despido; juicios y encarcelamientos amañados; desgobierno y falta de credibilidad en los poderes constituidos, nacidos de los partidos políticos en los que el pueblo no confía; pueblos a ve-

ces sin nombre y que solo porque las excepciones confirman las reglas, si la historia los impulsa, quedan registrados en la vida nacional, pues únicamente son devueltos a la geografía cuando los intereses se imponen.

Presento a los dos cuentistas frente a dos realidades. Esto es cierto. Mauro incursiona con tintes del criollismo en su intención y sus temas y la forma del discurso, si bien, debemos destacar que lo exótico de dichas realidades se asemejaría más a lo real maravilloso de Alejo Carpentier si el lenguaje fuera más barroco y condensado. Toto Calvo, El encuentro y El olor de la muerte, pero sobre todo el cuento que le da título al libro tienen ese color. Por eso vemos que las viviendas campesinas construidas en una junta de embarre, son de quinchas, el techo de pencas, los servicios de hueco; el transporte, a caballo o a pie; consumen agua de pozos, el alumbrado es con guarichas, el piso de tierra, como el éxodo del campo al pueblo a romper las únicas esperanzas que subsisten en sus almas. Adicionalmente, por las páginas de su libro y claro está, en ese acontecer real y maravilloso, los mitos comunitarios y populares de machismo, duendes, curanderos, presagios, frialdad del panteón, **“lechuzas, búhos y brujas que revoloteaban con el vuelo que detiene la muerte”**, son una radiografía de la vida rural y muestran el rostro de la pobreza.

Juan David se inclina por los ambientes urbanos. Tiene personajes que viajan en aviones, van a Nueva York para asistir a un concierto de Plácido Domingo, construyen grandes edificios, conocen la teoría de la renta económica y los principios demográficos de Malthus; luchan por la visión, la misión, y las estrategias del desarrollo

sustentable, para que su comunidad no se contamine con desvalores. En otras palabras, Juan David Morgan transmite sus conocimientos acerca las políticas y los temas que se plantean para el desarrollo sostenible, con énfasis en el capital humano, por todo cuanto se defina como índice de desarrollo y calidad de vida de acuerdo al país y sus necesidades.

En Isla azul, la población soñada, he registrado si las cuentas no me fallan, aspectos de una escala axiológica como para la segunda venida de Cristo: eliminación de los partidos políticos; hospitales modelo; programas de vivienda, de acuerdo a una “estricta planificación urbana y las necesidades de circulación vehicular y peatonal; modernos sistemas de transporte colectivo que no lesionaran el ambiente; “medios de comunicación social administrados por el Patronato de Cultura; un Comité de la Verdad integrado por los Sectores Familiar, Religioso y Cultural, encargado de custodiar la veracidad de las informaciones periodísticas”; desempleo reducido casi a cero; cuidado por el balance ecológico y social; garantía de un desarrollo humanamente sostenible; gestión financiera que “evitara el recalentamiento de la economía”; “creación del Parque de la Protesta en un hermoso y acogedor paraje en las afueras de la capital provincial, único sitio en el que se permitían manifestaciones públicas”

Quizás si ese parque hubiera existido, los poetas no hubieran terminado en la cárcel, como narra La rebelión de los poetas, encarcelamiento providencial, porque se constituyó en el mejor programa de resocialización de los internos, en quienes revivió la sensibilidad dormida, gracias al Poder de la poesía, como narra Neruda en **Confieso que he vivido**, por ese España en el cora-

zón, en virtud del cual brotaron copiosas lágrimas en hombres rudos y por lo que salvó su joven vida una noche de tangos en Buenos Aires.

Los lamentos de la noche muestra no la otra cara de la moneda si lo comparamos con *Isla azul*, sino la cara y el sello, el anverso y el reverso aunque signifiquen lo mismo, de aquella población de cuentos de hadas. Acá ni siquiera el caserío figura en la toponimia de los mapas y las familias, parafraseando a García Márquez, condenadas a cien años de soledad quién sabe si con derecho a una segunda oportunidad sobre la tierra. Y así como en *Isla azul* conté más de diez ilusiones, ahora hago un recuento de calamidades: las relaciones laborales son de peonadas agrícolas; la vivienda rancho era de una sola habitación con dos camas grandes y rústicas hechas a mano con troncos que le regalaba el monte; en una cama dormían los padres, en la otra, todos los hijos; manos ásperas y rudas por las callosidades, formadas “de una llaga sobre otra; biberón hecho con una botella de vidrio y un mamón de a medio; la alimentación, yuca, ñame, maíz, “café a medio teñir, que reposaba en una lata y se recalentaba en una mañana y en la siguiente; “pocos abuelos en estas tierras de soledad y llantos”; la rutina de trabajo era desmontar, quemar, sembrar y cosechar; la única música para sus oídos, el canto de las ranas y los grillos y el búho y la lechuza, y el de las brujas y el del miedo; el miedo y la angustia... Así es el saludo que se arroja de angustia.

Los dos libros: *Los lamentos de la noche* y *La rebelión de los poetas* toman el título de uno de los cuentos que componen la colección, pero esto no significa unidad temática y, prácticamente, estilística tampoco. Así como

hay historias pesadas que yo no podría leer antes de ir a dormir, se encuentran otras en las que el sentido del humor desgaja aunque sea una media sonrisa. Por ejemplo *El tenor*, es un sueño que hace soñar y en *Yo conocí a Toto Calvo*, causa gracia el tono hiperbólico que, en verdad, más parece una metáfora del hartazgo y la codicia de muchos, expuesto con un ingenioso malabarismo del lenguaje.

Las notas eróticas que se presentan aceptarían censura, sin temor a no superar las pruebas; casi todas las piezas revelan que sus autores poseen una inteligencia muy despierta y que construyen con bastante esmero, expresiones y párrafos expositivos con intención moralizante. Ambos escritores se interesan por lo dialógico como un valor en la narración.

La edición de los libros tiene sus diferencias. La de Mauro es sencilla, al estilo de los libros publicados por el Instituto Nacional de Cultura. A la de Juan David, hay que reconocerle el valor agregado de los óleos de Ignacio Mallol. ¿Esto ilustra acerca de los escritores? Es probable. En Mauro la sencillez del médico acostumbrado a lidiar con las dificultades que el trabajo de un médico en Panamá representa. Juan David, es evidente, tiene debilidad por la música y en cuanto a las imágenes pictóricas, es de observar que son figurativas, no abstractas, como la estampas de algunos textos.

Los dos autores dejan conocer su resentimiento por los desafueros de la sociedad, más, de la clase política encargada de ir al volante de la nave del Estado.

No cuesta identificar la propuesta narrativa de pintar tipos humanos: el ingenuo (*El tenor*); el bondadoso (*Plácido Domingo*); mezquindad y egoísmo

(*Cristina y Mercedes*). Y así desfilan por los dos libros, la figura del ignorante, el machista, el bebedor; el arrogante; el envidioso; el trabajador; el justo; el mentiroso; el perfeccionista; el paranoico; el o la infiel; “el menso”; también, “aventureros, sedentarios, audaces, tontos, ricos y pobres... Es la gran compar-sa de la vida con sus vilezas y también sus dignidades.

Quizás, dirán algunos, hay más propuestas éticas que técnicas. No sé. He apreciado brisas que recuerdan técnicas surrealistas (uso del monólogo interior); vistazos a los universos de Rulfo con el fundido de la muerte con la vida; sutiles pinceladas al estilo de los temas tratados por Miguel Ángel Asturias (el dios Tohil y los sacrificios humanos que exige), elementos oníricos y otra suerte de combinaciones tan reales como maravillosas.

Los dos tienen sus taloncitos de Aquiles, pero esos callitos serán para otros zapatos. Prefiero hacer mía la máxima de Gil Blas Tejeira: “los defectos de mis amigos que se los encuentren sus enemigos”

Los temas que tratan, que sean introducidos como en muchas obras: todo es producto de la imaginación de su autor y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

DALIA PEÑA TRUJILLO. Nacida en Penonomé, Coclé. Licenciada en Filosofía y Letras con especialidad en Español por la Universidad de Panamá; especialista en Literatura Hispanoamericana por el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá y Doctora en Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid. Ganadora del Premio “Gil Blas Tejeira” del INAC por su libro: **Gil Blas Tejeira, el hombre y la obra** (2003). Es ensayista, investigadora literaria y profesora universitaria.